

JULIO FAESLER

México y la pandemia económica

En el año actual la economía mundial habrá de reducirse entre un medio y 1.5 por ciento. Las perspectivas para 2010 son menos dramáticas. Podría darse un crecimiento de 1.5 a 2.5%, lo que de todas maneras es muy bajo en términos históricos.

Esta declaración de un funcionario del Fondo Monetario Internacional confirma que la actividad mundial que se registra en términos macroeconómicos no tiene la fuerza suficiente para mantener el nivel de consumo promedio, ni mucho menos la tasa de ocupación, de por sí insuficiente, alcanzada en los últimos años.

Midiendo periódicamente el mayor o menor ritmo de crecimiento de la actividad productiva, se va conociendo el estado de salud de la economía mundial o las nacionales. Con estas cifras se diseñan estrategias económicas de todo tipo, desde las políticas que las instituciones financieras internacionales aconsejan seguir, las que determinan los programas nacionales de gasto, bajando hasta los planes de producción y ventas de las empresas.

Si, por contra, los datos revelan que el periodo examinado no fue de crecimiento sino de reducción, y si los pronósticos no prevén una sensible corrección de la tendencia recesiva, la mera difusión de esta información afecta decisiones empresariales, acentuando el fenómeno negativo, con lo que se alejan las perspectivas de solución, con el peligro de que la depresión se autoperpetúe por vías más psicológicas que objetivas.

La actual pandemia económica que ha atrapado a todo el mundo y que rivaliza en severidad con la de los años treinta del siglo pasado, se traduce en una imponente traba para el desarrollo. Es más grave para nosotros que venimos arrastrando magros crecimientos que para los países que parten de incrementos recientes más elevados. El que China o India se vean afectados por la crisis mundial les representa reducir expectativas de crecimiento de 8% o hasta 10% a sólo cinco o 6% anuales. Para México la perspectiva es dejar crecimientos de dos o 4%, para quedar en índices negativos este año y, para 2010, apenas alcanzar 1% o 1.5 por ciento. El crecimiento de la población de México es de alrededor de 1.2% anual. Si a esta cifra añadimos una tasa de inflación moderada de, digamos 3%, la suma de 4.2% es el ritmo mínimo de aumento que se debe tener para simplemente mantener los actuales niveles promedio de consumo y empleo. Mejorar nuestro nivel de vida significará añadir a esta cifra el porcentaje adicional que se escoja. Si se busca un modesto crecimiento neto de la economía de, digamos 2%, el producto nacional bruto debería aumentar anualmente a 6.2 por ciento. Este cálculo, aunque simplista, es útil para dimensionar la tarea que enfrentamos. Lograr esto en un entorno de recesión globalizada hace que el reto sea todavía mayor.

Para los países desarrollados, especialmente Estados Unidos, la respuesta a la recesión se centra en subvenciones y mecanismos públicos dirigidos a entidades financieras, para prevenir la repetición del desastre provocado por el comportamiento inmoral de los agentes bancarios, además de estímulos públicos para reactivar la economía. Para ellos la cuestión estriba en compensar daños a ahorradores y salvar lo más que sea posible el alto nivel de vida que venían gozando. El asunto es muy distinto para países "emergentes" como México, donde el impacto de la crisis se añade a la lucha que venimos librando contra el inaplazable problema de elevar condiciones socioeconómicas inaceptablemente bajas.

La solución no está en lanzarnos a emprender reformas administrativas o



Continúa en siguiente hoja

Página 1 de 2
\$ 19412.53
Tam: 365 cm2
KREYNOSO

Fecha 21.03.2009	Sección Primera-Opinión	Página 21
----------------------------	-----------------------------------	---------------------

constitucionales que siempre pueden proponerse, ni mucho menos en especular sobre cambios de “paradigmas” como algunos proponen, sino atacar el problema de la crisis con las acciones básicas, que hay que aplicar independientemente de cualquier modelo que se siga. Esas acciones fundamentales consisten en vigorosos programas para educar y capacitar a la población con el objeto de alentar su participación productiva en la comunidad, así como, simultáneamente, atender a sus carencias en salud. Esa doble acción pública es paso indispensable para luego seguir con soportes oficiales a sectores generadores de empleo y obras de infraestructura que sustenten la agricultura y la industria.

Hay que reclutar una mayor acción de organismos privados de servicio social, sean o no empresariales, y así completar la del gobierno. Los recursos fiscales son siempre insuficientes con el fin de atender todas las necesidades y, por otra parte, nada hay que iguale el espíritu de compromiso y sacrificio que son capaces de encauzar las organizaciones de servicio. No son muchas las empresas mexicanas que sostienen actividades sociales y el gobierno debe alentar su acción haciendo a un lado su arraigado escepticismo fiscal.

Las recientes decisiones de la Unión Europea en el sentido de apoyar, conforme a las tesis de la economía social de mercado, la acción social de los gobiernos, más que inyectar fondos adicionales a las instituciones financieras, es un ejemplo a seguir en México.

Nos encontramos en una situación ventajosa con respecto a la de otros países que también han sido golpeados por la crisis global actual. Nuestra solidez financiera, aunque viciada por un conocido afán de abusivas ganancias bancarias, hasta ahora ha podido sortear el impacto de las quiebras que han ocurrido en Estados Unidos. Las reservas del Banco de México dan confianza nacional e internacional. No hay que asustarse si los ambiciosos programas de ampliación de infraestructuras productivas aumenten un déficit presupuestal inteligentemente calculado; el acuerdo oportuno de usar los fondos acumulados en las afores son otra fuente de financiamiento.

Siempre y cuando contemos con una actitud positiva y una evaluación clara de los recursos humanos y materiales con que contamos, podremos ir atajando la crisis con las armas específicas que se requieren para curar la enfermedad económica.

El gobierno de Felipe Calderón debe reforzar programas metódicos y disciplinados para la educación, capacitación y salud populares, así como programas redituables de infraestructura. Hay que facilitar una acción solidaria. No se requieren tantas discusiones. Con recursos, ingenio y decisiones firmes podemos atender la parte de la pandemia que nos tocó.

juliofelipefaesler@yahoo.com